MSS 227

Máximo Mendelewsky me recibió a la entrada de la oficina:

-Mire que es mala leche la mia, don Alberto. Vengo a buscarlo otra vez.

Hice esfuerzos inauditos por convencer al jóven y amable detective de que, en realidad, el de la mala leche era yo; pero no se convenció, concretándose a decir:

-Usted está incomunicado. Mi Comandante Maturana desea conversar con Ud. Vamos en seguida para que lo despache, porque lo aguarda, y se trata, según creo, de una simple pregunta.

-No me diga más: lo sé todo-respondí-sin pretender imitar el tono melodramático de los maridos que en las comedias aparecen enterándose de las maldades de su conyuge.

En el trayecto, Mendelewsky me habló de las horrendas proyecciones que, a su juicio, habría tenido el atentado del puente del Maipo, descubierto al amanecer del día 8 de Diciembre.

© UC
Centro de Estudios de Literatura Chilena
Pontificia Universidad Católica de Chile

-Es una chanchada, don Alberto, la que querían hacer-comentó don Máximo-Mire que si resulta, habría volado el tren presidencial, los dos puentes y el camino.

-Qué horror, un puente tan hermoso!...Pero escuche:¿piensan ustedes darme vela en esta procesión del Maipo?

-No sé-respondió Mendelewsky-mi Comandante Maturana desea hablar con usted.

Estábamos a 10 de Diciembre. Yo esa mañana me había impuesta por el peluquero y por don Gabriel Letelier Elgart de la voladura del puente Maipo. Don Gabriel, mientras se disolvía un furúncula, trajo a colación la cosa, a propósito de que yo le dijera que por qué no había ido con S.E. en la gira al Sur que estaba realizando. Pensó el señor Letelier que yo quería desearle la muerte o creyó que yo relacionaba este viaje de estudio del primer mandatario con la comisión del más horrible delito que registren los anales de la criminalidad?

-Yo antes servía de freno para evitar que se tomaran medidas arbitrarias-protestó el señor Letelier-pero con la que han hecho estos malvados se acabó el corazón. Frodden está furioso. En el Ministerio del Interior reina verdadera indignación. Se habla del fusilamiento..y qué menor!

¡Quién iba a pensar que media hora después iba yo a caer envuelto en las redes de la tragedia!...Lo que habrá pensado don Gabriel no es para supuesto.

Al pasar frente a casa, rogué a don Máximo que me permitiera enterar a la empleada de lo que ocurría:

-Es esa niña que ud. vé en esa ventana-le dije, indicándole, hacia el frente, la ventana de mi cuarto-Mi mujer está fuera de Santiago con la niñota mayor bastante grave y yo me he quedado solo con un chico de tres años y la empleada ~~que lo cuida. No hablaré~~, la haré señas; creo que así no violo la incomunicación.

CELICH UC
Centro de Estudios de Literatura Chilena
Pontificia Universidad Católica de Chile

Mendelewsky no se conmovió y en un auto en el que viajaba el agente don Augusto Soto hi~~cimos las dos cuadras que~~ nos faltaban por recorrer.

A la media hora de estar incomunicado en la Internacional, comparecí a presencia del señor Maturana. Don Ventura-honor inolvidable-me estrechó la mano. Estaba de pié delante de un escritorio sobre una tarima. Tenía el aspecto de un hombre que ha trasnochado, un aire casi de fatiga. Sobre la mesa de labor había un mar de rollos de alambre de campanilla y otros objetos menudos. Don Ventura es alto y como estaba sobre altura, me dió la impresión de un hombre fantástico, casi monstruoso.

-Señor Romero: usted me va a contar todo lo que sabe del atentado del Maipo. No trate de engañarme porque le va a ir mal-dijo, después de secretaerse con don Luís Garcia Larráin, que entró en ese instante.

-Yo, don Ventura, no se nada-respondí, como el hombre que cae de la luna-No he leido los diarios de la mañana y sólo conozco el asunto por el comentario de la calle y nada más.

-Usted miente, porque Fernando Maira me contó que Ud.,por él, estaba en antecedentes de todo.

-A mi no me importa lo que le haya contado Maira. Con él estuve la noch del 8; conversamos tranquilamente hasta las once de la noche, y yo puedo responderle que es imposible que este muchacho haya podido, después de separarse de mi, ir a mezclarse en una aventura como esa.

Don Ventura se esforzó en que yo declarase que Fernando Maira, mi amigo y buen amigo de muchos años, me había contado "todo"; lo presentó como un delator¡qué gracioso!. Con mucha calma yo fuí diciendo todo lo que sabía a fín de que el señor Ventura se percatara de que algo olía con respecto a la farsa que estaba urdiéndose. Era farsa y nada más que farsa. Pedí que me carearan con Maira, quise probar mi inocencia, y aún la del propio Fernando Maira; ~~pero el señor Maturana se~~ enfrascó en una extensa disertación en contra de la Masonería y la fraternidad masónica, ordenando después que volviera ~~estrictamente incomunicado~~ a la oficina que se me dió por calabozo y donde ~~estuve 16 horas sentado~~, espantando chinches y mirando las caras de los agentes que entraban a semblantearme. En esa pieza habí teléfono, pero no para uso policial, sino para que los agentes y agentas ventilaran sus asuntos de índole sentimental.

A eso de las 2 de la tarde, en ayunas, me llevaron a la oficina del señor Luís Garcia Larraín.En el cuarto no había luz que la de la lámpara de mesa, una luz verde, tenue por encima de la cual el hábil pesquisa me fijó sus oijtos penetrantes de orangután onanista.

-Usted es escritor?

-Aficionado; un poco escritor, sí.

-Bueno, como escritor usted está obligado a ponerse en el terreno de la realidad. Yo, en una hora más, voy a interrogarlo; medite las respuestas. Ya visto qué ironía la de don Luís: meditar una respuesta sin conocer la pregunta!- De su sinceridad depende que salga o no. Ya sabe.

Yo portesté;

-Los escritores vivimos muy poco en la realidad, señor Garcia Larraín.

CELICH-UC
Centro de Estudios de Literatura Chilena
Pontificia Universidad Católica de Chile

Pero si quiere, interróguemeen seguida: la verdad es una y luego o en una hora más diré lo mismo.

-He dicho que en una hora más-gritó el testarudo don Luís, rodenando continuara la incomunicación.

Esa tarde don Luís Garcia Larraín me visitó tres veces para insultarme. El quería que yo dijese que Maira¡bueno, la misma majadería! y como no le diera gusto, vamos gritando.

-Ya tendrá que arrepentirse, mal caballero, hipócrita. Tengo todo descubierto. Escuchará al propio Maira. Lo aplastaré...

Muy vagamente comprendí que mi integridad física corría peligro; pero no podía mentir por halagar la vanidad detectivesca del señor Garcia Larraín, a quien aguardé hasra laz tres de la mañana, resuelto a afrontar el aplastamiento o cosas peores.

CELICH-UC
Centro de Estudios de Literatura Chilena
Pontificia Universidad Católica de Chile

Un agente, que supo que yo estaba solo en casa con un chico pequeño, se entrtuvo en decirme que mi casa se había indendiado. Bueno: desde mi aprehensión vi perdido el empleo-y no me equivoqué-ahora era la casa. Magnífico.

A las tres conseguí que me trajeran el colchón que mi hermano logró llevarme cuando se enteró de que estaba detenido. Conseguí estirarme; sobre la cabeza tenía una potente ampolleta de luz eléctrica, y luego,las chinches. Mi centinela, un buen hombre de apellido San Martín; bueno sin ironía, como fué bueno el agente Morales, y Zuñiga, me entretuvo contándome cosas del servicio.

A las seis se dispuso mi traslado a la cuadra, una pieza desmantelada, amplia,donde suele alojar el personal arrestado . Hacía frio, acaso más frio por l mala noche que por otra cosa. Sobre un catre de hierro estve sentado todo ese día. Mi mujer, enterada por la radio de que yo era el cómplice y principal instigador del atentado, se vino con mi madre y la niñita enferma para seguirme en el peregrinaje. Alcancé a escuchar su voz, entera, firme, y luego unas palabras de protesta muy recias que me infun-

dieron valor.

A la una de la mañana, después de un día de ociosidad abrumadora, de torturante inmovilidad, me llevaron a presencia del Mayor don Humberto Fuenzalida. Ante este funcionario presté la última y única declaración formal de esos quince días de prisión arbitraria e injusta.

Como asesor ténico y testigo en el interrogatorio actuó el "guarango" vergara; Fuenzalida preguntaba y Alberto Rencoret Donoso iba poniendo en la máquina las respuestas.

Durante media hora escuché la misma mogiganga: que Maira le contó... Rencoret, en un momento en que nos quedamos solos, me hizo saber que esta declaración, lejos de comprometerme, facilitaría mi salida. "Usted no peca ni venial si dice que Maira le contó, al contrario". En su ambición detectivesca llegó a hablarme de su amistad con mis hermanos, del interés que lo guiaba a procurarme una solución.

CELICH UC
Centro de Estudios de Literatura Chilena
Pontificia Universidad Católica de Chile

Infame majadería!

Me acosté rabioso, deprimido. Cuando empezaba a dormirme me hicieron levantar, diciéndome que iba a ser trasladado a otro sitio de reclusión que ellos ignoraban.

-Perfectamente: aquí dejo mis cosas por si la familia las reclama-dije previendo la celada de uso como final de las grandes pesquisas.

Cuando estuve listo se dió contra órden y me acosté de nuevo.

García Larraín vino al día siguiente muy perfumado y zalamero; se interesó por mi situación personal, por mi salud:

-En cinco minutos más podrá marcharse. Yo hablaré con el señor Maturana en cuanto llegue.

A los cinco minutos me echaron en un coche y con Hernán Larraguibel fuimos trasladados a la Escuela de Carabineros, donde se me despojó de todo, absolutamente de todo, enserrándoseme bajo llave y concentinela en un cuarto del pabellón de oficiales.

A pan y agua, mientras muchos de mis compañeros de martirio fueron a dar al calabozo, permanecí tres días en los que no ví cama, alimento, ropa de abrigo, ni siquiera un pan de jabón o el cepillo de dientes. Un capitán bastante bruto venía dos tres veces al día a imponerse de no me había fugado. Revisaba la ventana y después se iba dando un portazo.

En la tarde del tercer día de permanencia en la Escuela y sexto de incomunicación, sin que pasara a disposición de ningun tribunal ni se me dijera en virtud de qué órden estaba detenido, escuché un tumulto en los pasillos, y luego voces de mando, tintinear de espuelas, ruido de armas. Un oficial me hizo salir, enviándome a la guardia donde se me entregó el sombrero, el cuello y la corbata, quedando las demás especies en un sobre.

Hasta ese instante yo no sabía que estaban detenidas más personas que Guillermo Garcia Burr, Fernando Maira, Raúl Palazuelos y Larraguibel, a quien conocí en el trayecto a la Escuela.

CELICH UC
Centro de Estudios de Literatura Chilena
Pontificia Universidad Católica de Chile

Conducido del brazo por un soldado llegué a la góndola que nos aguardaba delante de la guardia formada. El señor Coronel Delgado, Director del establecimiento, dirigió el embarque, fusta en mano y vestido con una blusa primaveral y pantalones de equitación. Erámos 15 los detenidos y con nosotros iban 15 carabineros armados, un oficial y un sargento.

A Gregorio Meza se le extravió un poncho de castilla, lo que indignó al señor Delgado. Garcia Burr, en un un momento de confusión, dice, dirigiéndose a mi:

-Gordo¿por qué nos han metido en esta infamia?
-Eso-respondo-lo averiguaremos cuando logremos salir de aquí.
-Dicen que Maira declaró que él nos había contado lo del atentado.

Fernando Maira, sacando la cabeza por entre los dos carabineros que lo custodiaban, alcanzó a decir, con voz de moribundo:

-Es cierto; yo declaré eso y si mañana me obligan a declarar en contra de mi madre, lo hago, porque después de una hora en que de un puntapié me sentaban y de una bofetaba me hacía poner en pié, uno es capaz de decir las mayores infamias.

La incógnita estaba perfectamente resuelta. Pero lo confieso, mirando los rostros demacrados de esos muchachos, sentí deseos de llorar. Maira, Garcia Burr, Palazuelos, Carrasco, Saavedra, todos muy hombres, muy enteros, demostraban huellas bien profundas de lo que con ellos habían hecho.

Dos o tres minutos después la góndola partió. Ignorábamos hacia donde se nos conducía. El soldado encargado de mi custodia, mientras yo luchaba por colocarme el cuello, alcanzó a decir:

-S.E. ordenó que no se hiciera proceso. Mañana ustedese salen para Pascua. La familia está avisada.

Después de todo, a mi me pareció Pascua menos terrible que quedar entregado en manos de esa gentuza de la policia. Los pascuenses son canacas y los policías policías.

Al anochecer llegamos a la Cárcel a la Cárcel Pública. Un grupo de curiosos aguardaba en la puerta. Los fotógrafos encendieron el magnesio, y en seguida, fueron abriéndose para nosotros las espesas y rechinantes rejas que dan acceso a la prisión. Con paso vacilante, enceguecidos, trepamos una escalera, y aguardamos al final de ella que se nos pasara lista, quedando desde ese momento bajo el control del personal carcelario.

CEL | UC
Centro de Estudios de Literatura Chilena
Pontificia Universidad Católica de Chile

Los reos cantaban unas cosas muy tristes, casi aterradoras.

Yo, que llevaba tres sin dormir, ocupé la celda no 458 de la galería No.3 o de los incomunicados a de las "chinches". Cuando trataba de orientarme dentro de aquel sucucho infecto, se abrió la puerta.

-Salga, póngase ahí, levante los brazos.

Obedecí como un autómata. Un sargento me quitó los anteojos, los suspensores, los cordones de los zapatos. Fué tentándome minuciosamente por todas partes, hasta obligarme a que diera vueltas los calcetines en su presencia para constatar que no llevaba hojas "Gillette".

-Está prohibido hablar, fumar, cantar. No puede subirse a la ventana y solos en casos graves llamará al centinela para que lo atienda.

Dos veces más se abrió la celda esa primera noche: una para obligarme a asear un tiesto infecto que ahí tirado en un rincón; la otra, para ofrecerme agua. Bebí como las bestias, hundiendo hasta la náriz dentro del balde de latón.

Cuando me quedé solo, fuí poco a poco perdiendo la noción de la realidad; era un desconectado absoluto, casi un náufrago de mi mismo. Una pepisa de latón y un camastro de hierro colgado de la pared decoraban la celda. Casi a la altura del techo había un ventanillo por que se filtraba el reflejo de las luces elécyricas. Oí repiqueter muchas veces el telefono de la guardia. Cada campanillazo era para mi una posibilidad de aquel infierno terminase. Pero sobrevenía el silencio y entónces experimentaba el deseo de gritar, de estrellarme la cabeza contra el muro.

Cuando me rendía el cansancio me sentaba al borde de la parrilla de acero y cerrando los ojos, entrevoía la vida lejana, soñaba con los mios.

CELICH UC
Centro de Estudios de Literatura Chilena
Pontificia Universidad Católica de Chile

¡Noches inolvidables de locura y espanto! Noches sin fín; noches de desesperación, de ira, de impotencia!

A flor de piel sentía escurrirse los bichitos y una sensación febril aumentaba el malestar.

La claridad de la mañana era el único consuelo. Me entretenía leyendo las inscripciones que había en la pared: "Adela", "Dios es justo", "día por día me siento desde todo punto de vista mucho mejor","madre mía, perdóname".

En esos carácteres había de todo: cinismo, amor, bondad, arrepentimiento.

A la segunda noche, el cansancio me doblegó y caí al suelo. Un sargento me ofreció de balazos, pensando que yo había trepado a la ventana, no se cómo.

-Sería lo mejor-dije con toda sinceridad-dispere.

La llegada de la noche era horrible. No había ocurrido nada y nada nuevo ocurriría hasta el día siguiente, y eso.

Cuando se cumplieron nueve días de incomunicación, comparecí ante el Fiscal Militar, El señor Bruce me leyó mi declaración del 11 de Diciembre y después de ratificada, ordenó se me pusiera en libre plática, sobreseyendo definitivamente por no haber méritos en mi contra.

Esa misma tarde hablé con mi mujer, con mis hermanos. Me pareció un sueño todo aquello. Por ella supe del manifiesto de los escritores, de esa noble página de solidaridad; supe que no estaba solo, supe todo lo que puede iluminar una conciencia.

Tres veces por semana, durante cinco minutos, se me permitió hablar con los mios. Pero continué incomunicado en mi celda hasta que el 24 de Diciembre el Misnistro don Ernesto Bianchi Tupper me puso en libertad sin tomarme declaración, como había ordenado la libre plática y sobreseido el señor Mayor Bruce.

CEILCH-UC
Centro de Estudios de Literatura Chilena
Pontificia Universidad Católica de Chile

En el locutorio logré hablar con muchos de los resos politicos que estaban en la cárcel: horacio Hevia, Luis Alamos, Humberto Mardones, Cárlos Jara Torres, Guzmán, Arturo Olavarría, y otros que no recuerdo bien.

Una mañana se nos printuarió y¡maravilloso deporte! el encargado nos hizo creer que era para despachar nuestros pasaportes, porque al día siguiente saldríamos todos con rumbo al Ecuador.

Por la tarde, la Andes Film, por órden del Bobierno, impresionó una película con nosotros.

Esa fué la última bestialidad de ese grotesco hacinamiento de bufonería trágica de que se nos hizo a víctima.

A los que no fueron sobreseidos definitivamente se les relegó al Aysén antes de que se fallara el proceso.

Los demás nos fuimos a nuestras casa. Eso fue todo.